Carlos Alvar,
José-Carlos Mainer,
Rosa Navarro

Breve historia de la literatura española

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1997
Segunda edición, revisada y ampliada: 2014
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Carlos Alvar, José-Carlos Mainer, Rosa Navarro
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1997, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8839-8
Depósito legal: M. 10.248-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Nota de la Editorial a la segunda edición revisada y ampliada (2014)

15 Preliminar

23 La Edad Media
23 1. Los inicios
23 De fines del siglo XI a comienzos del siglo XIII
31 Las jarchas y la lírica de tipo tradicional
32 Jarchas, moaxajas y zéjeles
36 La lírica tradicional

43 2. La madurez
43 La unificación de Castilla y León y el reinado de Alfonso X
55 La poesía épica
62 El *Poema de Mio Cid*
66 Las *Mocedades de Rodrigo* y las transformaciones del género
69 La poesía culta
71 Poemas en cuaderna vía: el mester de clerecía
73 La materia religiosa: Gonzalo de Berceo
76 La materia antigua: *El Libro de Alexandre* y el *Libro de Apolonio*
82 La materia de Castilla: el *Poema de Fernán González*
86 La prosa
86 Las traducciones del árabe

95 Sermones y *exempla*
100 Máximas y proverbios
102 El adoctrinamiento de príncipes
103 El *Calila e Dimna*
105 Alfonso X
106 Los libros astronómicos, astrológicos y de magia
109 Obra historiográfica
111 La *Estoria de España*
113 La *Grande e General Estoria*
116 La actividad jurídica y legislativa

119 3. Crisis
119 De la muerte de Alfonso X a principios del siglo XV
135 Poesía y prosa a fines del siglo XIII y comienzos del siglo XIV
141 Los inicios del Romancero
143 Santob de Carrión: un judío que escribe en castellano
145 El *Libro de buen amor*
154 La prosa: don Juan Manuel

163 4. Hacia un nuevo mundo
163 El siglo XV
174 La poesía
174 Pero López de Ayala
176 La poesía de Cancionero
183 El Marqués de Santillana
186 Juan de Mena
189 Jorge Manrique
192 La prosa
193 El cuento
194 La historiografía

200 Libros de viajes
201 La novela
211 El teatro
211 El teatro primitivo
219 *La Celestina*

227 La Edad de Oro
227 El nuevo hombre
230 La educación
232 El cortesano
234 La dama
235 El amor
237 La naturaleza
238 La relación con Dios
243 Un encuentro fructífero. La gran revolución poética al itálico modo
247 Las corrientes poéticas
250 Los romances y la lírica tradicional
255 La dignificación de la lengua romance. El arte de la dificultad
258 La poesía de san Juan de la Cruz
262 Nuevas formas, nuevos contenidos en la poesía lírica
268 Fray Luis de León
272 Escritura y predicación
273 La escritura en libertad de santa Teresa de Jesús
278 La palabra literaria al servicio de la idea, de la información
282 Lectores y libros
286 Un autor y su personaje: el *Retrato de la Lozana andaluza*
287 *La vida de Lazarillo de Tormes:* una sátira erasmista

296 Continuaciones del *Lazarillo*
298 Los libros de pastores
302 Moros y cristianos, leales caballeros: la novela morisca
303 Miguel de Cervantes: «Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana»
310 *Don Quijote de la Mancha*
320 El peregrino de amor cristiano: la novela bizantina
323 La comedia, artificio ingenioso. Dos de sus creadores: Bartolomé de Torres Naharro y Gil Vicente
329 Un manuscrito con obras religiosas: el *Códice de autos viejos*. La *Danza de la muerte*
331 Los pasos o entremeses: breves obras cómicas. El teatro de Lope de Rueda y de Miguel de Cervantes
337 El arte del «cómico teatro»: Juan de la Cueva y su *Ejemplar poético*
339 El ornato de la elocución. El poeta que profesa su oficio: Fernando de Herrera
343 «Amor y hacer versos todo es uno»: la poesía de Lope de Vega
347 Lo asombroso y lo efímero en la lírica
356 «Era del año la estación florida...»: la cima del arte de la dificultad, la poesía de Góngora
361 Dos poetas aragoneses: los Argensola
362 El conde de Villamediana: el vuelo de Ícaro
363 El dominio de la lengua poética de Francisco de Quevedo
367 La reflexión sobre la lengua
369 Poéticas historias, novelas picarescas. El *Guzmán de Alfarache.* El *Buscón*
378 Maravillas, novelas. María de Zayas

382 *Fantasías morales,* los *Sueños* de Francisco de Quevedo: el reino de la palabra ingeniosa
387 La alegoría del peregrino vital: *El Criticón* de Baltasar Gracián
394 El gran espectáculo: la comedia nueva. El teatro de Lope de Vega
403 Otros dramaturgos
407 Tirso de Molina
410 Complejidad y hondura de la obra teatral. Calderón de la Barca y otros dramaturgos
420 Su herencia

423 La Edad Contemporánea
423 1. El siglo XVIII
423 La continuidad del humanismo: Los *novatores* y Mayans
428 Sociabilidad y literatura dieciochescas
438 Los primeros reformadores: Feijoo, Torres, Isla
443 La reforma clasicista: Luzán, Moratín, Iriarte
449 La plenitud de la Ilustración: Cadalso y Jovellanos
454 Entre la Ilustración y la reacción
456 La lírica: entre el clasicismo y la sensibilidad
462 La batalla teatral y los comienzos de la novela

471 2. El siglo XIX
471 Las semillas románticas
475 Romanticismo y románticos
479 Novelas y dramas románticos
486 Espronceda y otros poetas: romanticismo y protesta
490 Las formas del costumbrismo. Larra o el descontento
495 El romanticismo moderado
499 Años de cambio: el krausismo, Gustavo Adolfo Bécquer

504 Final del romanticismo: Rosalía, Campoamor, Nuñez de Arce
508 La novela y «el germen fecundo de la vida contemporánea»
512 Los novelistas periféricos: Alarcón, Pereda, Valera
516 Los grandes novelistas: Galdós, Pardo, «Clarín». El teatro

529 3. El siglo XX
529 Fin de siglo y nueva estética
533 El modernismo español
537 Escritores de un fin de siglo
544 Unamuno y la pérdida de la fe
547 Valle-Inclán y el esperpento
550 Baroja o el descontento
553 Azorín y la autonomía de la literatura
555 Antonio Machado o la poética de la memoria
558 La conquista del público: literatura en torno a 1910
568 En torno a 1910: la reconciliación con la realidad
575 Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna: la devoción por la Obra
581 La recepción de la vanguardia: ruptura y continuidad
587 Los poetas de 1927
597 Otros escritores
603 Las consecuencias de la Guerra Civil: el exilio
613 La poética de la continuidad: la literatura hasta 1960
630 Años de cambio: entre 1960 y la muerte de Franco
645 Las letras de hoy (1975-2010)

667 Cronología

697 Bibliografía

719 Índice onomástico

Nota de la Editorial a la segunda edición revisada y ampliada (2014)

La primera edición de este libro vio la luz en 1997 y, transcurridos ya más de quince años desde entonces, se puede afirmar que se ha convertido por méritos propios en una obra de referencia dentro del ámbito de los estudios de la literatura española. Así lo atestiguan no sólo su regular demanda a lo largo de estos años y la aparición de otra edición paralela en el Círculo de Lectores, sino también que haya sido objeto de traducción a idiomas como el árabe, el italiano, el croata y el húngaro. Difícilmente podía ser de otra manera, no obstante, dadas la valía y la capacidad de sus autores, todos ellos reputados especialistas en los períodos acerca de los que escriben.

El remozamiento paulatino acometido desde 2010 por la colección El libro de bolsillo que lo acogió desde un principio ofrecía ahora una ocasión inmejorable para revisar y actualizar el texto de acuerdo con la evolución del panorama de los estudios referentes a este ámbito, tarea a la que los autores se han entregado, nuevamente, con tanto entusiasmo como acierto.

Como era de esperar, la parte que se ocupa de la literatura medieval, a cargo de Carlos Alvar, es la que menos intervención ha exigido. Por lo que a ella se refiere, se pone al

día la bibliografía y se proporciona el acceso a diversos recursos que la generalización de internet ha puesto a disposición del lector interesado, y que le permitirán tener información inmediata de las publicaciones más recientes.

En el periodo de la Edad de Oro, Rosa Navarro Durán ha corregido datos de algunos apartados teniendo en cuenta nuevas investigaciones realizadas, y en especial ha modificado lo que se refiere a *La vida de Lazarillo de Tormes* para exponer brevemente algunos de los datos por ella misma divulgados en publicaciones de este siglo XXI. Todo esto se ve reflejado asimismo en el material aportado en la bibliografía final.

Mayor, tanto en volumen como en reelaboración, ha sido la labor de José-Carlos Mainer, a quien los casi veinte años transcurridos entre la redacción de este libro y la aparición de su nueva edición revisada han obligado a redactar *ex novo* y con mucha más amplitud lo que se refiere al último periodo de la literatura española: los autores que empezaron a publicar al filo de 1960 han dado importantes obras de madurez; quienes lo hicieron en el decenio de los ochenta, o se estrenaron en los noventa, tienen ya una ejecutoria importante que ahora se ha querido reflejar, esbozando a la vez un panorama de las tendencias generales dominantes. Aun consciente de que nada hay más provisional que estos acercamientos a lo estrictamente actual, ha considerado obligado que si en 1997 se citaron obras fechadas en 1995, ahora las últimas menciones correspondan a las cosechas de 2011 y 2012. No hace falta mencionar que todo esto ha hallado su correspondiente reflejo también en la bibliografía.

De este modo, Alianza Editorial y muy especialmente El libro de bolsillo se complacen en ofrecer ahora al lector, en esta nueva edición, un texto que satisfará, sin duda, las más elevadas exigencias de todo aquel que quiera acercarse al riquísimo panorama de la literatura española.

Preliminar

Cuando decimos «historia de la literatura española» (ese término que nos es tan familiar desde el bachillerato y que por eso mismo nos parece tan sólido y definido), enunciamos una serie de analogías y equívocos que conviene tener en cuenta. Muchos historiadores consideran discutible el estatuto «histórico» de los estudios artísticos y, sobre todo, muchos estudiosos de la literatura piensan que el orden cronológico y causal de los hechos literarios aporta muy poco o nada a su conocimiento. Hace ya setenta años, el gran lingüista ruso Roman Jakobson opinaba que la historia de la literatura realiza con el objeto de su atención lo mismo que la policía en el lugar del crimen: describe el entorno del suceso, pregunta a los que bajaban por la escalera o pasaban por la calle... Pero nada de este protocolo circunstancial explica, de entrada, la interioridad de lo acaecido, la motivación íntima y la construcción interna de las cosas. Tampoco «literatura» es un término unívoco: en las páginas que siguen se tratará de crónicas medievales, traducciones de libros científicos del taller de Alfonso el Sabio, expresiones de la conciencia religiosa escritas por mandato de un

superior, obras de divulgación de Feijoo y ensayos de alcance filosófico de Ortega, al lado de poemas, novelas y dramas. Solamente desde la época romántica entendemos por literatura algo relacionado con la inspiración, la imaginación y, a fin de cuentas, cierta gratuidad: hasta entonces, sus diferencias con la erudición o el simple ejercicio profesional de la escritura no existen, como sabe muy bien quien piense en el alcance del término «letrado» o «clérigo» en la Edad Media y de «literato» en el siglo XVIII.

De hecho, cuando hablamos de «historia de la literatura española», aludimos a un concepto que se comenzó a constituir en el siglo XVIII y que tuvo plena virtualidad en el siglo XIX: es una más de las «historias de la literatura nacionales» que surgieron en las mismas fechas como referentes patrióticos y como símbolos de unidad de la ciudadanía al calor ideológico del romanticismo, y luego a la sombra científica del positivismo. El primero les dio color local y emoción sentimental y el segundo convirtió en pautas interpretativas rígidas la influencia de los contextos materiales –geográficos, políticos, idiosincráticos– y el sentido interno de la evolución de las cosas humanas, paralela a la de las biológicas. Pero también sabemos que decir «español» antes de los comienzos del siglo XVIII es un ejercicio de voluntarismo que tiene poco que ver a menudo con la conciencia real de los hechos que había antes de ese momento.

Y no ya sólo en el terreno de lo político, sino también en el de los mismos datos lingüísticos. El «castellano» (destinado a ser «español» e «idioma nacional» con toda legitimidad) surgió, como el pequeño condado del que tomó el nombre, en condiciones de manifiesta inferioridad física y política en el marco del mosaico dialectal del norte de la Península. Durante los siglos VIII al X, al comienzo de lo que llamamos con término muy discutible «reconquista», se fraguaban en aquella zona, de oeste a este, un conjunto de len-

guas románicas (derivadas del latín vulgar) de destino muy dispar: el área gallega que, después del siglo XIII, generaría el portugués actual; el conjunto asturiano-leonés, cuya expansión no rebasó nunca el límite de la cuenca superior del Duero; el bloque navarro-aragonés, emparentado con el riojano y con un hipotético dominio lingüístico cuyos rasgos llegarían hasta Andalucía oriental, pero que ya a fines del XIV languidecía y hoy sólo se conserva muy fragmentado en algunas zonas prepirenaicas; el muy definido idioma catalán –que es iberorromance con algún parentesco menor galorrománico–, que se expandiría desde el Rosellón hacia el sur y el este por Valencia y por las Baleares, hasta el puerto de Biar y la población sarda de Alghero. Y a ello hay que sumar –porque no es románico– el enclave vasco, de confusa delimitación por la relación que pudo tener con otras lenguas prerrománicas y, al menos, por la notable expansión de su toponimia, que se hallaba hasta en el norte de la actual Rioja a comienzos del siglo XII.

Al sur, en tierras convertidas al islamismo, se hablaba un conjunto de variedades lingüísticas que llamamos «mozárabe», apenas conocidas a través de glosarios árabe-romances, pero cuyos rasgos de fonética y léxico permiten hablar de una cierta continuidad entre los dialectos norteños reseñados y esa vasta región lingüística del sur. No han dejado, sin embargo, ninguna huella en las hablas de hoy y es empeño vano vincular los rasgos propios del valenciano a una presunta continuidad del mozárabe: la diferencia del catalán usado por un hablante de Gerona y otro de Castellón no es mayor que la del español de un nativo de Valladolid y otro de Málaga.

Pero volvamos al «pequeño rincón» –como dice el *Poema de Fernán González*– donde nacieron a la vez el condado de Castilla y el castellano, una lengua muy innovadora, destinada a avanzar como una «cuña» idiomática que se ensan-

cha hacia el sur (la gráfica expresión es de Ramón Menéndez Pidal y Amado Alonso). Aquel idioma se convirtió muy pronto en la *lingua franca* de una encrucijada dialectal y esto, tanto como la expansión política de Castilla, aseguró su éxito. Se sobrepuso, primero, al uso del árabe y del hebreo, lenguas propias de sendas comunidades hispanas que cultivaron las letras a lo largo de la Edad Media y que llamaron a su tierra Sefarad o al-Andalus con tanto derecho como otros la llamaron Hispania o España. La consideración de ambos grupos es inevitable a la hora de entender la transmisión de muchos saberes a la Europa medieval a través de la lengua castellana, pues judíos fueron los traductores de los textos científicos y filosóficos del mundo árabe. Y si la tardía adopción del castellano por la España islámica dio el curioso fenómeno de la literatura *aljamiada* (escrita en romance con grafía árabe), el mismo y precoz hecho entre los hebreos originó –después de la expulsión de 1492– el judeoespañol, todavía en uso. Pronto, el castellano relegó el leonés y aragonés hasta hacerlos desaparecer del uso escrito. Creó su dialecto andaluz y conformó, con algún rasgo peculiar de las hablas orientales, el murciano y, con alguna sombra de las occidentales, el extremeño; se adaptó luego en Canarias y América, sin perder una unidad mucho mayor que las de otras lenguas destinadas a tan dilatada expansión. De «castellano» pasó a «español»... pero sin dejar de ser «castellano». En la medida en que tal denominación evoca los orígenes de la lengua común y la viva pluralidad de las lenguas de España, el nombre resulta más propio que si llamamos «toscano» al italiano.

De esa unidad y de esa variedad, en definitiva, quiere hablar hoy una *Breve historia de la literatura española.* A lo largo de los siglos XVIII y XIX se fragua, como se recordaba arriba, la idea de que toda literatura es la expresión de un carácter nacional, noción que formularon, con intereses y

tonos diversos, idealistas esotéricos, románticos reaccionarios, liberales radicales y positivistas académicos. Hoy, lejos de esos principios, pensamos que la historia de la literatura refleja los avatares de una *institución* (que tiene sus facetas lingüísticas, económicas, de control ideológico, de formación escolar...) y la cambiante constitución de un *canon* de escritores y tendencias, vivido como patrimonio propio de una comunidad. Y en tal sentido, la historia de la literatura cobra –como disciplina académica y como objeto de interés público– una nueva legitimidad.

Ochocientos años de quehacer literario continuo, con autores cuyo único punto en común es el empleo de la misma lengua: no es tarea fácil reducir a la unidad esa disparidad original. Tras la literatura se esconden siempre otros elementos, como las preocupaciones, miedos y fantasías, la visión del mundo, las creencias de cada momento, tan variables que se pueden distinguir distintos períodos: Edad Media, Siglos de Oro, siglo XVIII, siglo XIX, época contemporánea, actualidad, etc. Pero a su vez cada uno de esos períodos es susceptible de nuevas subdivisiones, y así sucesivamente, pues no en vano siempre, en cada momento, somos iguales y siempre distintos a nosotros mismos, como individuos y como colectividad.

Hemos dividido esos ochocientos años de quehacer literario en tres bloques, generalmente aceptados por los estudiosos, y que, fundamentalmente, coinciden con las divisiones de la materia que se hacen en el mundo académico y universitario: de la Edad Media se ha ocupado Carlos Alvar; los Siglos de Oro han sido el campo de Rosa Navarro; José-Carlos Mainer ha estudiado la producción literaria desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Son tres etapas muy diferentes, con sus propios afanes y anhelos, con sus peculiaridades. Siendo el planteamiento el mismo y manteniendo la unidad de criterio, el tratamiento tenía que ser diferente,

para poder aprehender en su mayor parte el fenómeno literario: la cuestión de la lectura, y por tanto, de la difusión de la obra literaria, no se puede tratar del mismo modo cuando se trabaja con manuscritos –de escasas copias– que cuando se habla de tiradas de varios miles de ejemplares; la formación intelectual de los autores difiere considerablemente entre la Edad Media y la actualidad; la presencia femenina tampoco reviste las mismas características en los Siglos de Oro que en nuestros días. Y del mismo modo, las preocupaciones de los escritores del siglo XIII no podían ser las mismas que las de los autores del entorno del 98, ni las de los poetas renacentistas que las de los novelistas de postguerra...

Por otra parte, la historia de la literatura, como la filología y otras ciencias, aplica enfoques metodológicos distintos a cada uno de estos períodos: empeñarse en reducirlos a la unidad de criterio daría como resultado un extraño híbrido de dudosos frutos. Así, esta *Breve historia de la literatura española* se presenta como el resultado de la unión de tres períodos, pero con el respeto a las peculiaridades de cada una de esas divisiones. En la Edad Media, no se puede olvidar la referencia a otras literaturas peninsulares, cuando algunos autores escriben en dos lenguas diferentes y cuando los influjos mutuos son abundantes; del mismo modo que no se puede perder de vista el momento histórico en el que se desarrolla la actividad literaria, pues no sólo condiciona la mentalidad, sino que también ayuda a explicar el nacimiento de algunos textos o el éxito de otros; la distancia cronológica que nos separa, las vicisitudes políticas de la Reconquista y otros factores justifican sobradamente este planteamiento. Tampoco debe extrañar que en los Siglos de Oro uno de los hilos conductores sea el del cambio de mentalidad, con las nuevas aportaciones llegadas de Italia, o las preocupaciones por el individuo. Algo

semejante se podría decir de la última parte, en la que los nuevos hallazgos de la ciencia llevan a los autores a plantearse cuestiones hasta entonces apenas intuidas: baste como ejemplo Freud y el psicoanálisis, con todo lo que ello supuso para el conocimiento de algunas actitudes de la persona; o donde la evolución de la sociedad –que sufrió dos grandes guerras en el siglo XX– lleva a cambios tan trascendentales como la paulatina liberación de la mujer.

Unidad y diversidad. El lector se va a poder encontrar aquí con todos los autores importantes de nuestra literatura que se han expresado en castellano, pero también hallará una recreación de las circunstancias históricas y de la tradición literaria en la que esos escritores se insertan. Tiene, pues, en este libro las claves para comprender mejor una parte del pasado y del presente, para seguir el proceso evolutivo de los cambios de mentalidad, y para conocer más de cerca a quienes han utilizado nuestra lengua con mayor acierto, con más sensibilidad, los que han servido de modelo o han marcado un camino; en definitiva quienes han configurado en gran medida nuestra forma de ser y de pensar.

C. Alvar, J. C. Mainer, R. Navarro Durán
1996

La Edad Media
1. Los inicios

De fines del siglo XI a comienzos del siglo XIII

Hace poco más de mil años, el latín utilizado en Castilla se había distanciado tanto de sus orígenes, que hasta los monjes necesitaban explicaciones o aclaraciones para las que recurrían a otros términos latinos o a algunas palabras que ya se empleaban en la lengua común, heredera de la que habían traído los romanos: el castellano. De este modo, las *Glosas Emilianenses* y, algo más tarde, las *Silenses,* se convierten en el primer testimonio –apenas balbuceos– de que en tierras riojanas había nacido una modalidad lingüística nueva, resultado del uso local del latín hablado; eran los últimos años del siglo X.

Habrá que esperar todavía doscientos años para ver transformados esos tímidos balbuceos en una obra literaria, el *Poema de Mio Cid.* Entre tanto los castellanos cantaron cancioncillas tal vez recibidas y transformadas –como la lengua misma– de los romanos; pero la noche oscura de los tiempos sólo deja lugar a conjeturas. El hecho cierto es que algunas de esas breves canciones (las *jarchas)* llegaron a for-

mar parte, ya a mediados del siglo XI, de las poesías de grandes autores que escribían en árabe o en hebreo.

Es la época, también, en la que vivió Rodrigo Díaz de Vivar, el protagonista del *Poema de Mio Cid,* nuestro texto narrativo más antiguo. Pero además es un momento especialmente importante para la sociedad castellana: por una parte, el crecimiento demográfico lleva a la repoblación de amplias zonas del territorio, a la vez que florecen los asentamientos urbanos con fines comerciales, al margen de la economía rural (agrícola y ganadera), que era la predominante.

Alfonso VI (1072-1109) es el rey castellano que ocupa la segunda mitad del siglo XI. Las circunstancias de su llegada al trono de Castilla están íntimamente relacionadas con la muerte de su hermano Sancho II, y fueron objeto de algún cantar de gesta, en el que el Cid también desempeñaría un papel relevante. Entre los hechos más sobresalientes del reinado de Alfonso VI se encuentran la anexión de Toledo (mayo de 1085) y de una amplia zona a su alrededor, gracias al apoyo de los mozárabes (población cristiana bajo dominio árabe). La incorporación de estos amplios territorios permitirá que aparezcan figuras que viven y se enriquecen en las zonas fronterizas, combatiendo contra los árabes o aliándose con ellos, pues el botín y el honor constituyen la base de su propio poder: el Cid será uno de ellos.

Por otra parte, Alfonso VI implantó en Castilla varias innovaciones culturales promovidas por su abuelo Sancho el Mayor de Navarra (1004-1035). La primera de ellas fue el abandono del rito mozárabe y la incorporación al rito romano, a la vez que imponía la regla benedictina a los más destacados monasterios, con lo que se reforzaba la dependencia del Papa por parte de la Iglesia navarra, primero, y castellana, después.

Las reformas cluniacenses –de signo benedictino– se fueron extendiendo poco a poco por toda la Península a partir

de 1071, y en Castilla desde el concilio de Burgos (1080): los monasterios más destacados de cada uno de los reinos no tardaron en tener un prior o un abad cluniacense igual que las sedes episcopales más importantes o de nueva creación, y como la regla se estaba imponiendo desde Francia, casi todos ellos eran franceses, lo que supuso notables enfrentamientos con el clero peninsular, y también un decidido proceso de «europeización» de la cultura clerical hispana.

El cambio de liturgia y la masiva llegada de monjes franceses, que no tardarían en ocupar todas las sedes, supusieron también el abandono de los viejos libros litúrgicos (con la adquisición de otros llegados de Francia), y el olvido o abandono de la letra «visigótica» que será sustituida por la «carolingia», mucho más clara y legible, sin contar la pérdida de la música que acompañaba a los cantos litúrgicos...

Ante esta situación no extraña la temprana presencia de relatos épicos, o de inspiración épica, de origen francés en la Península, como ocurre con la *Nota Emilianense* (h. 1070), breve texto latino escrito en letra visigótica, en el que se citan seis personajes de los ciclos de Carlomagno y Guillermo, a la vez que se alude a la derrota del ejército franco y a la muerte de *Rodlane* en *Rozaballes.*

La muerte de Almanzor (1002) supuso una profunda crisis para el califato, con sucesivas revoluciones, que, a partir del año 1008, agravan la situación de Córdoba, provocando la huida de sabios y la insubordinación del pueblo. La falta de una autoridad política efectiva posibilitó la desmembración del califato y la aparición de pequeños reinos autónomos (taifas), que llegaron a superar el medio centenar. La llegada de los almorávides, incultos guerreros bereberes, pondrá fin a esta división territorial (1090), a la vez que supone un intento de reforma religiosa y una vuelta a la ortodoxia islámica, con las consiguientes persecuciones contra judíos, cristianos y musulmanes heterodoxos, que tienden a